

MAZZINI Y RENAN

Por MIGUEL DE UNAMUNO



(Para La Nación)

SALAMANCA, noviembre de 1912.

El día 10 de marzo de 1850 escribía, desde Roma, Ernesto Renan a su íntimo amigo Marcelino Berthelot, el químico, diciéndole: «Me han enterado mucho sobre Mazzini; es un hombre muy curioso, un italiano de pura sangre, un florentino del siglo XIV, pero terrorista y sicario hasta un punto que no se imagina usted». En 1850, Renan tenía 27 años y Mazzini cuarenta y cinco.

Mazzini no fué, en ningún respecto acaso y menos en el que lo fuera Maquiavelo, florentino, ni del siglo XIV ni de ningún otro siglo, sino genovés. Genovés como Cristóbal Colón. Y si con algún florentino tuvo parentesco espiritual fué con el Dante. Dantesco sí, fué Mazzini, pero de maquiavélico no tuvo nada. Y menos de sicario, «sicaire». Porque, ¿qué quiere decir esto de sicario, en el original de la carta renaniana «sicaire»? Sicario, de «sica», puñal, era el asesino a sueldo. Y esto es demasiado fuerte para aplicarlo a Mazzini. ¡Habría que saber qué informes le dieron en Roma en 1850 sobre él a Renan y quién se los dió!

Por lo demás difícilmente se encontrarían en la historia dos espíritus menos hechos para entenderse entre sí que los de Mazzini y Renan, y vamos a decir algo de esto que aunque a primera vista no lo parezca es de grandísima actualidad histórica.

En el quinto de los «Cuadernos de juventud» («Cahiers de jeunesse») en que Renan llevaba sus notas a los veinticinco y veintiséis años, cuadernos que se publicaron después de su muerte, hay una nota, la que lleva el número 38, que dice: «El mundo está compuesto de clases de hombres que no se comprenden. Por ejemplo: el hombre de acción no comprende al hombre intelectual y recíprocamente. Por ejemplo, véase a Louvois frente a frente de Lulli. Lulli no es más que un hombre que sabe hacer reír. Para un hombre exclusivo como yo, el hombre de acción tampoco tiene sentido; es un loco, un tonto, un desperdicio («hors d'oeuvre»). En este punto de vista no está la verdad completa, porque en lo verdadero completo ningún representante de una cara de las cosas puede ser un tonto. Pero no puedo todavía elevarme hasta dar un valor a la acción en tanto que acción pura y sin influencia sobre el espíritu. Llego, es cierto, a ello por esa deducción puramente exterior, pero no puedo llegar a ello por lo intrínseco. Es verdad que la política obra tan fuertemente sobre el espíritu, entra por tanto en la marcha del mundo, que consiento pesarla; pero la acción inferior, comercio, industria, etc., todo esto, si sigo mi punto de vista puramente especulativo, diría que es tontería y ocupación de idiotas, aunque

reconozco que eso es necesario, como es necesario también que haya zapateros, etc.». El Renan intelectual y crítico que a sus veintidós años escribió esto no podía comprender cinco años después a Mazzini, intelectual también, y de egregio intelecto, pero de intelecto de acción, y político. Renan no comprendió nunca al político, ni cuando él mismo se metió en política.

Renan era el hombre de la duda. Pero de la duda activa. Cuando en sus cuadernos de juventud escribía las reflexiones más crudamente heterodoxas y agnósticas comulgaba, y escribía: «He hablado muy altamente a Jesús, en la hostia, porque no puedo figurarme, después de haber creído tanto tiempo, que no haya allí más que un pan ordinario». Otra vez escribe—para sí—que quisiera ser una

pobre monja, sencilla y pura, rezando, amando y no pensando, y que ojalá no hubiese tenido crítica. Esto lo escribía el jueves santo de 1848, recordando cómo su madre, al verle leer al pie de un árbol a M. de Bonald, en su nativa Bretaña, le quitó el libro de las manos diciéndole: «Lee cosas bonitas!» «Le asustaba el tono—nos dice el hijo—y veía, por el modo cómo yo lo tomaba, que aquello me trastornaría la cabeza». Una anécdota muy parecida nos cuenta de sí mismo Sarmiento en sus «Recuerdos de provincia». Y este mismo Renan, cuando murió su hermana Enriqueta, en Siria, en 1864, y cuando había ya escrito su «Vida de Jesús», hizo que le celebraran un servicio fúnebre con esta hermosa liturgia moscovita que es una de las más antiguas y que remonta casi a los orígenes del cristianismo según le escribía a Berthelot.

Este Renan, este hombre de la duda, que en su carta a Strauss se preguntaba si Bismarck era filósofo, esto es, «si ve la vanidad de lo que hace, aunque trabajando en ello con ardor, o bien si es un creyente en política, si se deja engañar «il est dupé» de su obra como todos los espíritus absolutos y no ve su caducidad», este Renan escribía a Berthelot desde Saint-Malo en septiembre de 1847, a sus veinticinco años, estas notabilísimas palabras: «Esto me pone de mal humor contra todo el mundo; todos los partidos me molestan; no sé a cuál dedicarme, porque he aquí lo que complica el nudo inextricable, y es que nos es menester ser de un partido. La soledad nos asusta y nos cuesta una pena extrema el contentarnos con el punto de vista puramente crítico. ¿Podemos, sin embargo, querido amigo, tomar otro sermiente? Hace falta una buena dosis de simpleza («bon harlé») para meterse de hoz y de coz, hecho y derecho, en algo. Como todo hombre de acción tiene que ser dogmático y adoptar una bandera, me parece que hay que renunciar para eso al punto de vista crítico. Así es que todos los políticos prácticos me hacen el mismo efec.

O. C. Tomo VIII





to de palurdos, de aldeanos, que los dogmáticos en religión o en filosofía.» Y al que hace estos comentarios sobre Mazzini y Renan le ocurre lo mismo. Y prosigue Renan: «¿Qué es, pues, la vida humana? ¿Dónde encontrar algo que podamos tomar del todo a pecho? Le hace falta valor al crítico para separarse de todo en cuanto al afecto y mantenerse frío en el momento en que su entusiasmo iba a encenderse delante de tal o cual forma. Por esto es por lo que me abstengo de enunciar delante de quien sea («exceptis excipiendis») ninguna opinión política, un minuto después me pongo en el punto de vista de mi contrario; veo que mi opinión o por lo menos mi expresión ha sido parcial y me incomoda. No creo que luche nunca mucho por esta clase de cosas... Es preciso para ello ser redondamente dogmático, creer que aquello por lo que se trabaja es el bien absoluto, que los adversarios están equivocados del todo... Comprendo que si me viese llevado a la vida activa me haría también dogmático para la acción y que, sin embargo, conservaría mi «aparte» crítico.

Y a pesar de todo, este Renan de la duda dialéctica—no metódica como la de Descartes—fue un hombre de acción, fue un luchador—¡y formidable!—y fue un político. Más político que los más de los que gobernaron a su patria. Y fue un apasionado y su duda fue pasión y a la vez acción. Pero la duda de Renan fue una duda terrible, de calma chicha, de bochorno.

¿Y Mazzini, el sicario según Renan? También Mazzini, el hombre de acción, el revolucionario casi por definición, dudó. ¡Y cómo dudó! Hay que leer en sus «Note autobiografiche» (vol. V, pág. 207-218) aquel relato, uno de los más trágicamente hermosos que se pueda leer en lengua alguna, de aquella tempestad de la duda—«tempesta del dubbio»—que le envolvió a fines de 1836, poco antes de llegar a Londres, «tempesta dentro de cuyos torbellinos—escribe—fue presa a sumergirse mi alma». «Fue la tempesta del dubbio!» Fue la tempesta de la duda—dice—tempesta inevitable, creo, una vez al menos en la vida de todo el que dedicándose a una gran empresa conserve corazón y alma amantes, y palpitaciones de hombre, y no se aferre a desnuda y árida fórmula de la mente, como Robespierre». «Cuando me sentí solo en el mundo, solo, fuera de mi pobre madre, lejana e infeliz por mí, me arredré aterrado ante el vacío. Entonces, en aquel desierto, se me encará la duda. Acaso yo erraba y el mundo tenía razón. Acaso la idea que yo seguía era un sueño. Y acaso no seguía «una idea», sino «mi idea», el orgullo de

«mi concepto», el deseo de la victoria más que el intento de la victoria, el egoísmo de la mente...» Pero, ¿a qué seguir? Lea o relea el lector ese sublime escrito de Mazzini, lea aquello de «y si esta patria no fuese más que una fusión?», y lea el final altísimo, más profundo y sentido que lo cual no se ha escrito ni en italiano ni en otra lengua alguna.

Por él, por Mazzini, se había fusilado a los hermanos Ruffini y se perseguía a otros italianos. Y él tuvo que huir y cayó en un letargo de melancolía y enflaqueció. Enflaqueció como el Dante para escribir su «Infierno». Y acabó Mazzini saliendo de la tempestad de la duda de 1836 con un principio que la vida es misión! ¡Y éste era el sicario! El hombre que en 1836 atravesó la borrasca de las dudas le parecía catorce años después un sicario a Renan, el hombre de la duda!

Y ahora, lectores míos, los que me preguntéis alguna vez cuáles son mis soluciones como si yo fuese hombre de ellas, y acaso me pedís a mí, hombre de contradicción, como de sí mismo decía Job, un dogma cualquiera, ¿no reflexionaréis en esta aparente divergencia entre Mazzini y Renan, y no comprenderéis que puede uno llevar dentro de sí espíritu mazziniano y espíritu renaniano a la vez? «Paz violenta y desesperada» es aquella a que llegó Mazzini, «porque me hermané con el dolor y me envolví en él como peregrino en su capa», nos dice.

¿Y aun habrá quien me pregunte una vez más si soy creyente o incrédulo, conservador o revolucionario, o si me parece bien o mal el bolchevismo, u otra pregunta por el estilo? Todo orden, si me parece insoportable, el de hoy, y el que establezcan los que lo destruyan, el de mañana, porque todo orden es un dogma. Y lo es el que salga de la revolución. Y sin un orden, sin un modo de ser, no cabe ser estable. Aunque no hay estable sino la inestabilidad, que dijo Hegel. Pero todos, todos, conservadores y revolucionarios, creyentes e incrédulos, todos buscan una solución, una paz, una calma. Y no saben que no hay sino una: la de la muerte. Y no quieren persuadirse de que la vida no es sino guerra y contradicción. Y que el hombre que no se contradice a sí mismo en rigor no vive. Por lo menos no vive en sí.

Dejen, por Dios,—o por él no Dios—de querer encasillarme! Y si les provocho a contradecirse he ganado mi vida.

